

nacimiento. El más leve contacto con la teoría del amor en Occidente habría evitado trazar superfluos paralelos entre poemas cuajados de los más rancios tópicos, que para la época de Cervantes tenían más de cuatro siglos de vigencia. En cuanto a la segunda parte, constituida por el capítulo 4 ("Estructurismo formal, conceptual y emotivo en la poesía lírica de Miguel de Cervantes"), baste decir que Medina Vidal analiza con toda seriedad los "sistemas correlativos" de los *ovillejos* de Cardenio (*Quijote*, L 27), o las sextinas de Artidoro (*Galatea*, libro I). Uno no sabe qué pensar: si esto es el colmo de la ingenuidad o de la ignorancia. Pero nada de esto iguala al anteúltimo párrafo del texto (p. 60), donde se stampa lo siguiente: "Estos dos ejemplos ofrecen un interés muy relativo, excepto el de repetir el tema italianizante de las armas del amor, que también aparece en Gutierre de Cetina, Gregorio Silvestre, José Manuel Blecua, Herrera, etc." Cualquier comentario sería ensañamiento.

Pero las reseñas no deben ser vanidosos muestrarios ensarta-errores, destripa-neófitos o enhebra-erratas. La función más atendible, y loable, de toda reseña es el diálogo simulado que se entabla con autor y obra a criticar, con los fines de auscultar el pulso de nuestras disciplinas en diversos círculos, escuelas o países. Y las dos obras que me ha tocado en suerte comentar niegan la posibilidad al diálogo, más tajantemente la segunda que la primera. Y esto me lleva a preguntar: ¿por qué la Universidad de la República del Uruguay ha visto conveniente publicar estas dos obras, muy en particular la segunda? Creo yo que es hora de que el honesto desempeño de nuestras disciplinas se des haga de los vanidosos pruritos personales, sociales o nacionales que permiten se publiquen obras como la última reseñada. Sólo puede redundar en beneficio de todos.

JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE

Smith College.

ERIKA LORENZ, *Rubén Darío: "Bajo el divino imperio de la música"*. Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua, Managua, 1960.

Este pequeño ensayo, hábilmente traducido del alemán por Fidel Coloma González¹, contiene momentos de exégesis iluminadora, además de presentar una tesis profunda acerca del pensamiento de Rubén

experiencia vital [de Cervantes] se dio en la época del Emperador", ya que Cervantes tenía nueve años cuando abdicó Carlos V (p. 35); Vasco de Fregenal se llamaba, en realidad, Vasco Díaz Tanco (p. 57); al hablar del final de *El celoso extremeño* el autor olvida, o ignora, la existencia de dos versiones distintas (p. 58); Carrasco no es ninguno de los múltiples nombres de la mujer de Sancho (p. 77); Ricote era morisco, y no judío converso (p. 82); el autor del *Diálogo de Mercurio y Carón* es Alfonso y no Juan de Valdés (p. 87); Blas de Navarrete es, desde luego, Blas Nasarre (p. 108). El sistema de citas, a pesar de lo que se dice en las "Advertencias", es muy confuso, en particular en lo que se refiere a las múltiples obras utilizadas de Américo Castro. Y por último, cabe observar que el autor usa giros y sintaxis dignos de don Sancho de Azpeitia.

¹ [Véase, en *NRFH*, 17 (1963-64), 408-411, una reseña de la edición original, por ALAN SOONS.—Nota de la Redacción].

Darío. Partiendo de su obra lírica y de sus máximas estéticas, o más bien éticas, plantea Erika Lorenz problemas fundamentales de teoría y práctica poéticas. Como resultado se aclara para el lector la visión de la trayectoria intelectual de Darío, que resulta un poeta consciente no sólo de su arte —que bien se sabía—, sino también de la filosofía que lo sostiene. Quizá la mentalidad sistemática de Alemania conceda una extraña seguridad al pensamiento intuitivo del poeta —“la auténtica función que en el pensamiento de Darío corresponde a la música: permite al hombre vencer el espacio y el tiempo” (p. 41), dice la autora, por ejemplo, allanando dificultades y olvidando contradicciones. Aunque, por supuesto, el pensamiento de Darío es más rico en sus íntimos conflictos.

Pasemos por alto la herejía necesaria de reducir a sistema lo que es vida múltiple. Nos queda un fino ensayo en tres partes: la primera en que se presentan las relaciones de Darío con la música que había estudiado y su conocimiento de Wagner y Pitágoras, para acabar puntualizando el concepto de música en su obra; la segunda y la tercera en que se contraponen dos conceptos del pensamiento de Darío: la “música del verso” y la “música de las ideas”.

Entre lo poco que es dudoso en la presentación de la autora señalemos las estadísticas de sonidos y ruidos en el idioma y en los poemas de Darío, que no creo hayan dado lugar a una interpretación aceptable. Si en general el idioma contiene un 43.79 por ciento de vocales y dip-tongos y en un fragmento de “El velo de la reina Mab” (p. 73) el porcentaje es de 46.08, me parece que la diferencia es realmente insignificante (lo mismo podría decirse de las consonantes, 56.51 por ciento en general y 53.92 en el fragmento mencionado). A menos que se otorgue a estas cifras una importancia desmesurada, en el estudio de efectos poéticos esta diferencia resulta nimia.

De la misma manera, parece que una engañosa simetría —la creencia de que Huidobro es para España unos quince años más tarde lo que Darío fue para la España de principios de siglo (p. 128) — ha originado una visión falsa de la historia, que, para descargo de la autora, le viene de cierta pseudo-erudición reciente. La función de Huidobro y el creacionismo en nada se parece a la influencia propulsora del genio de Darío.

Por lo contrario, cuando Erika Lorenz se ciñe a su tema, su explicación del pensamiento de Darío, llega a penetrar el misterio de una mente compleja: “la explicación de que todo esto pueda suceder «bajo el divino imperio de la música» —la fuga de la realidad y la afirmación de valores eternos en esta realidad— reside, según creo, en que ambos momentos actúan, liberadoramente, sobre las potencias de lo creador” (p. 45).

Como trabajo estudiantil padece el libro del consabido exceso de notas y citas. En estas páginas todavía vacilantes se adivina, sin embargo, el talento crítico que se une a la sólida erudición de Erika Lorenz. Trae la autora al estudio de la poesía preocupaciones de filosofía del lenguaje y de teoría que van a dar sin duda frutos muy valiosos.

BERNARDO GICOVATE